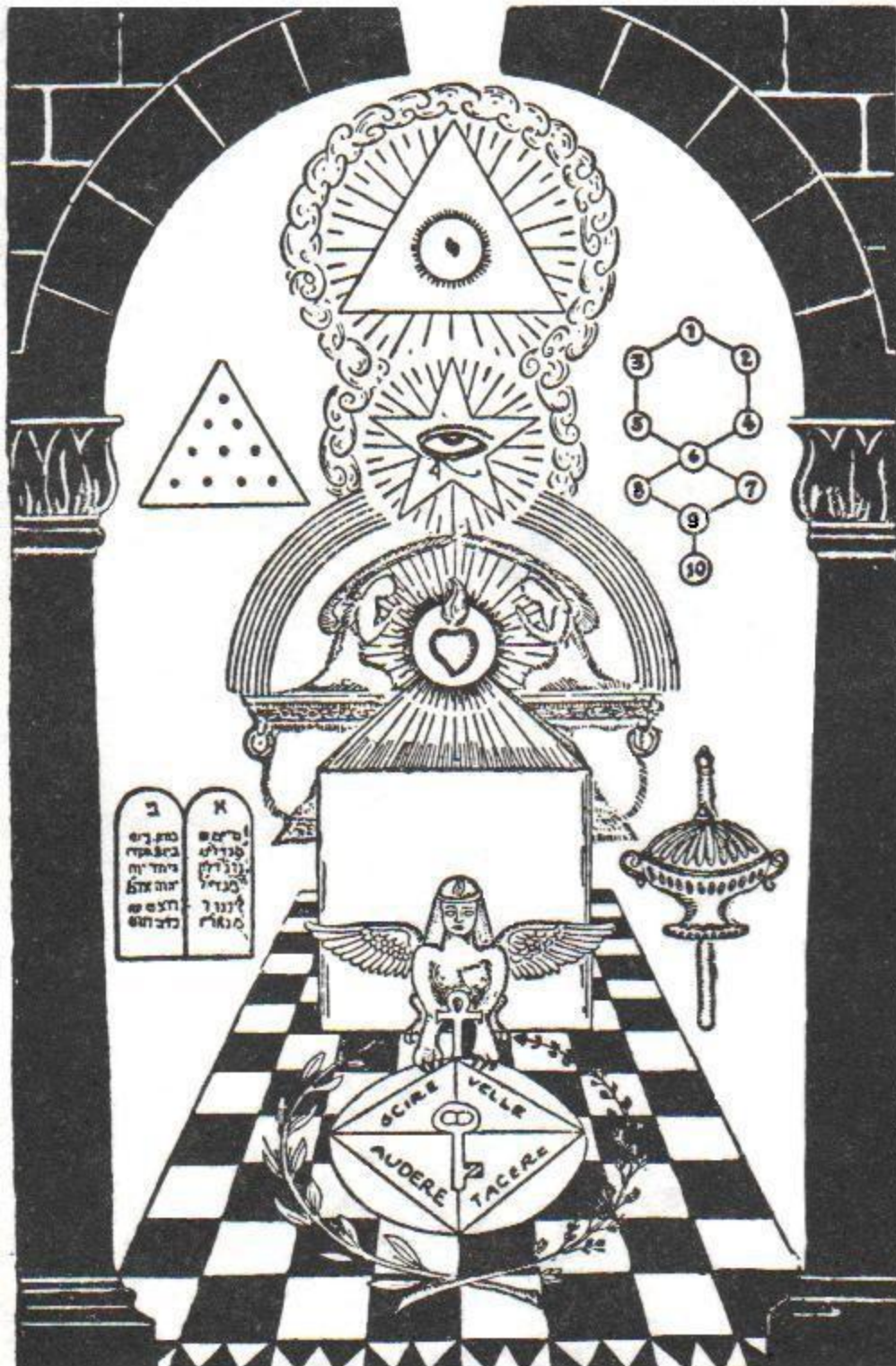


MANUAL DEL MAESTRO SECRETO



POR ALDO LAVAGNINI (MAGISTER)

CUARTO GRADO



Cuarta Parte

Aplicación Moral Y Operativa De La Doctrina Simbólica Grado

3

Discernimiento - Realidad central e ilusión periférica - La autopsia - “Los que saben y los que no saben” - El bien y mal - Importancia y utilidad de las cosas - Verdad y error - Egoísmo y altruismo - Querer - Sublimación de los metales - La esencia interior de las cosas - Atreverse - Actividad desinteresada - Las seis cualidades - Dominio de la mente - Dominio de la acción - Tolerancia - Contentamiento - Unidad y consistencia de propósito - Confianza - Callar - El poder del silencio - Disciplina exterior - Realización interior - La práctica de concentración - Ejercicio - Conclusión.

CUARTA PARTE

APLICACIÓN MORAL Y OPERATIVA DE LA DOCTRINA SIMBÓLICA DE ESTE GRADO

Los cuatro puntos que caracterizan al Maestro Secreto pueden muy bien resumirse en el cuadrinomio **Saber-Querer-Atreverse-Callar**. Sin embargo, este cuadrinomio iniciático (al lado del conocido trinomio libertad-igualdad-fraternidad) debe entenderse y realizarse en aquel espíritu que se produce en nosotros con la iniciación, pues su comprensión profana estaría muy lejos de su entendimiento inspirador.

Forma este cuadrinomio, con las cuatro virtudes cardinales -**Prudencia, Justicia, Templanza y Fortaleza**- los cuatro ángulos del Santuario de la vida regenerada, en los que, según el ritual del quinto grado escocés, se encuentran cuatro grupos de cuatro columnas y sobre cada columna cuatro luces encendidas- imagen de la cuádruple comprensión y fecunda multiplicación del cuaternario y de su irradiación octonaria, que tiene que difundirse universalmente y dominar todo el mundo de la manifestación. Cada una de las cuatro virtudes debe, pues, realizarse en los cuatro términos del cuadrinomio, formándose así los cuatro grupos de cuatro columnas, y cada columna debe ser iluminada por su cuádruple entendimiento y finalidad, que hace fecundos sus benéficos efectos, multiplicándose en las cuatro direcciones cardinales del espacio.

SABER

Saber es, al mismo tiempo, el primer punto y la finalidad del cuadrinomio: expresando lo que conocemos en nuestros deseos, aspiraciones y voluntad, y realizándolo en la acción, volvemos con el silencio a la muda concentración que se manifestará en un grado más profundo y elevado de Conocimiento y Saber.

Por lo tanto, el Saber, interpretado iniciáticamente -**según el significado del latín scire y sapere, de los que derivan scientia y sapientia**-, nos otorga el conocimiento y la conciencia que, así adquirida o realizada, dará gusto o sabor (sapor tiene la misma etimología que sapientia) a nuestra mentalidad. Scire es “sentir, percibir o ver interiormente”, relacionándose esta palabra con la raíz indoeuropea CI, de la que deriva también el sánscrito Chit, principio abstracto de la conciencia, y Chitta, la mente.

Así pues, la Sabiduría verdadera se realiza constantemente en el centro - **en aquel místico centro que es el Santuario Individual de nuestro ser-**

coincidiendo con la actividad centrípeta de nuestra personalidad: todo lo que se dirige hacia el Centro tiende a la Sabiduría, y ésta se hace efectiva según la profundidad lograda por el movimiento centrípeta. Si tal movimiento interesa sólo a la superficie de la mente, reproduciendo en ésta las imágenes de las cosas y reflejos de ideas exteriores, tendremos como resultado un mero conocimiento superficial e ilusorio, pues lo real de las cosas se percibe únicamente con lo real de nuestro mismo ser.

Para llegar a la realidad hemos de reflexionar: interiorizarnos e identificarnos dentro de nosotros mismos, con lo que deseamos saber y conocer. Conseguimos el verdadero y supremo conocimiento cuando sentimos y percibimos nuestra unidad con el objeto del mismo conocimiento. Por consiguiente, partiendo del dualismo entre el yo y aquél, debe esto resolverse en una experiencia de síntesis unitaria que coincide con la Sabiduría.

DISCERNIMIENTO

El verdadero conocimiento, que es Sabiduría, se realiza por medio del discernimiento -**la capacidad de penetrar, ver y comprobar lo real en toda cosa y distinguirlo de su apariencia ilusoria o irreal**-. Por lo tanto, el saber se identifica iniciáticamente con la calificación del discernimiento (viveka o discriminatio) entre lo real y lo irreal, cuyo desarrollo caracteriza la madurez de la inteligencia.

Esta facultad es el reconocimiento de un grado más profundo de realidad, de lo que es interior e ideal con respecto a lo que es exterior y material; o sea, exactamente lo contrario de lo que ocurre al hombre todavía dominado por la Ilusión de los sentidos. En otras palabras, aunque en absoluto nada puede llamarse irreal por ser todo necesariamente una manifestación de la Realidad que es la Existencia en sí, el discernimiento filosófico e iniciático es la facultad con la cual penetramos, por medio de nuestra inteligencia, desde la periferia al centro de la manifestación y reconocemos que lo Real se halla en razón directa de la Espiritualidad, Trascendencia e Inmanencia.

Es más real lo que más se acerca al Ser y a la esencia trascendente de las cosas, lo que permanece y queda como fulcro y testigo de todos los cambios y variaciones exteriores; igualmente es menos real (y comparativamente irreal) lo que constituye la superficie, especies o aspecto exterior de una determinada cosa, lo que se halla sujeto a cambios y variaciones, que hacen de la misma sustancia algo distinto. En otras palabras, la Realidad es lo que constituye la esencia y sustancia de todo, mientras todo lo que es forma variable y transitoria debe considerarse como irreal o ilusorio.

Se identifica, por ende, la Realidad con el Mundo de los Principios o nómenos, con el Oriente simbólico al que se llega en el curso de todo viaje o progreso masónico, siendo éstos los planes simbólicos, ideas o manifestaciones directas y eternas del G.·A.·. Entre los estudios de los hombres, las ciencias

matemáticas son las que más se acercan a la Realidad Pura; por consiguiente, toda verdadera ciencia o conocimiento debe expresarse y realizarse en términos matemáticos, o sea, independientemente de las circunstancias y contingencias exteriores y variables.

Los números son realidades de un orden superior a todas sus aplicaciones, por la sencilla razón de que preexisten y perduran después de ellas, con los mismos caracteres divinos de la Inmanencia y de la Trascendencia; lo mismo puede decirse de todos los Principios y Leyes que se estudian en el quadrivium.

Este criterio filosófico debe aplicar el Iniciado a todo cuanto constituye el objeto de sus estudios y reflexiones, sin dejarse desviar por el dominio de la apariencia, que, por ser exteriormente evidente, no posee los caracteres de trascendencia e inmanencia que caracterizan los principios matemáticos: según encuentra y realiza su centro, apoyándose en la Realidad, o sea, se basa sobre la periferia de las contingencias exteriores, será dóninus de dicho dominio o dominado por el mismo. A esto se refiere el conocimiento de la Verdad que nos liberta de toda esclavitud o servidumbre: ante todo de la esclavitud del error y de la ilusión; luego del mal que en el error tiene su raíz, y finalmente de toda limitación que es en sí, fundamentalmente, ilusoria.

REALIDAD CENTRAL E ILUSIÓN PERIFÉRICA

El problema del círculo y de su cuadratura que se presenta al Iniciado en este grado, cuando regresa del Oriente y se halla en los dominios del Occidente, tiene relación con este fundamental discernimiento que sabe distinguir entre la realidad central y la ilusión periférica.

Aprendiendo a concentrarse, o sea, descendiendo a las profundidades de sí mismo, el Iniciado encuentra un siempre más firme apoyo o Poder de Gravitación Individual en la Realidad, y aumenta correspondientemente la potencia expresiva o irradiación activa de dicho Centro, produciendo una Fuerza Centrífuga de Voluntad Realizadora igual en intensidad a la Fuerza Centrípeta de la concentración con la que llega a conocerse. Por esta razón se ha dado tanta importancia en todos los tiempos al conocimiento de sí mismo, por ser ésta la única senda, recta y angosta, que nos puede conducir individualmente a la percepción de lo Real.

La Realidad es siempre central y siempre se consigue en un centro, sea éste simbólicamente la Cámara del Medio, la Tumba de Hiram o el Santuario del Ser, el centro de la Piedra Cúbica, del Círculo o de la Cruz: para acercarnos a ella siempre hay que dejar tras de nosotros la periferia o apariencia exterior, buscar este Centro, establecernos firmemente en el mismo y manifestar o irradiar las infinitas potencialidades latentes que en el mismo encontremos. En este centro se encuentra el Criterio de la Verdad bajo la forma de los cuatro ángulos rectos producidos por dos líneas perpendiculares que constituyen la

escuadra o norma con la que debe rectificarse la expresión exterior, o sea, el círculo de la manifestación.

Toda experiencia de la vida se halla efectivamente destinada a estimular la autoconsciencia del centro individual y, como consecuencia y reflejo natural, su poder de expresión. Esto se consigue descentrando la atención de la periferia, o sea, de lo que se halla exteriormente manifiesto, y concentrándola sobre el mismo yo, a la vez objeto y sujeto del conocimiento; descentrándola de la multiplicidad exterior, de los infinitos puntos que se suman en la circunferencia, como otros tantos reflejos del único punto central, y concentrándola sobre éste, que constituye la Unidad de todos.

Una vez encontrada la Realidad Central y Unitaria, hay que manifestarla exteriormente en el poder de comprensión que se halla simbolizado por el compás y que mide nuestras posibilidades y potencialidades activas. Y sobre cada punto de la circunferencia descrito o trazado con la ayuda de este instrumento, debemos aplicar la escuadra que expresa la rectitud interior del Juicio: así se logra la cuadratura o perfección de la manifestación.

Por consiguiente, el poder comprensivo de nuestra inteligencia no debe nunca separarse de la norma o Criterio de la Realidad que encontramos en nuestro propio Centro Interior, y de esta manera la ilusión periférica del Círculo o Ciclo de la manifestación puede ser dominada por la realidad central de nuestro Ser que es fulcro y Eje permanente e inmanente de la misma.

LA AUTOPSIA

El nombre griego autopsia, usado con referencia a los Misterios, caracteriza la “visión de uno mismo”, que es resultado de la concentración en el silencio y el principio de todo conocimiento real.

Sin embargo, verse a sí mismo, en su sentido iniciático, no significa ver el reflejo exterior de la forma física en un espejo, ni el reflejo de la personalidad en la mente: son éstas dos ilusiones periféricas de la realidad central, en la que debemos individualmente concentrarnos para conocernos y vernos verdaderamente.

La personalidad, en su doble aspecto físico y mental, con determinadas cualidades y facultades, virtudes y defectos, es siempre un reflejo exterior **-en la materia física o en la sustancia mental-** de lo que somos interiormente y constituye la individualidad. Por lo tanto, sobre ésta únicamente debe concentrarse la atención, para llegar a esa verdadera autopsia.

En otras palabras, nunca se conoce a sí mismo, iniciáticamente, quien concentra su atención sobre cualquier manifestación periférica de su personalidad, sobre todo lo que reviste su “yo” de formas visibles o invisibles, facultades, poderes, pensamientos y actividades, todo esto es heteropsia, o sea, visión de la arquitectura exterior e interior del Mausoleo o Sepulcro de nuestra

vida verdadera: de la Realidad en nosotros, eterna, inmortal e incorruptible como el mismo corazón de Hiram. La verdadera autopsia comienza con el reconocimiento del Centro Individual de nuestro ser y de su realidad superior a la de toda manifestación o expresión personal y se hace siempre más efectiva adquiriendo la conciencia de todo lo que en nuestro “yo” se encuentra en estado de posibilidad latente que espera su expresión.

Simbólicamente hemos de dirigirnos del 0 de nuestra existencia personal al punto individual del Yo Divino en nosotros y activar su potencialidad latente en un rayo de Luz, que constituye el 1 que lo valoriza para manifestarse en el 10 de sus potencialidades expresadas o evidentes. Después, el 1 se convertirá en otro 0 en donde hay que buscar y poner en evidencia la unidad central que hará 100, y así la Individualidad multiplicará hasta el infinito sus poderes y posibilidades.

“LOS QUE SABEN Y LOS QUE NO SABEN”

Como reza sencillamente un áureo librito que, en otras palabras, se refiere a este mismo cuaternario de realización: “Sólo existen en el mundo dos clases de hombres: los que saben y los que no saben; y lo que cuenta es este conocimiento. La religión que un hombre profese, la raza a la que pertenezca, no tienen importancia; lo que realmente interesa es este conocimiento”.

Cualquiera sea su creencia, los que no saben son paganos o materialistas -**adoradores de deidades que pueden llamarse riquezas u honores, comodidades y necesidades, errores, ilusiones y temores de distinta naturaleza, dificultades y preocupaciones-**.

Su atención se halla localizada hacia lo exterior -**la ilusión periférica**- habiendo elegido “el amplio camino que conduce a la perdición”, por cuanto aleja a uno de la conciencia central de la Realidad y lo hace perder en la ilusión de la separación.

Los que saben, al contrario, son los verdaderos fieles de todas las religiones y pertenecen a una sola: la Religión Universal de la Verdad, de la cual las demás son distintos aspectos, formas y adaptaciones particulares. Su atención se enfoca hacia el centro, más bien que hacia la periferia; hacia el espíritu interior, más bien que hacia la forma exterior, y ven y juzgan rectamente respecto de la Realidad: por lo tanto, eligen el sendero angosto que lleva a la Vida, cuya puerta es estrecha “y que pocos -**un reducido número, en relación con la gran mayoría de los hombres-** son los que la hallan”. Los primeros, extraviados por los errores que les han hecho perder de vista el criterio de la Realidad, no saben que existe un Plan Divino para todos los hombres -**que es la evolución o desarrollo desde el interior a lo exterior-** y en vez de cooperar conscientemente con este Plan (en el que únicamente se encuentra la verdadera

libertad) se dejan guiar por sus ilusiones y se convierten en otros tantos esclavos inconscientes de la Fatalidad.

Mientras los segundos, habiendo encontrado la verdadera luz que alumbra desde adentro “a todo hombre que viene a este mundo”, y siguiéndola fielmente, se ponen en armonía con el Plan Divino, con el cual cooperan conscientemente, convirtiéndose en Obreros del G..A.. La Masonería ofrece esta luz a sus adeptos que se inician en el secreto de la mística Doctrina expresada por sus símbolos y alegorías.

LA LUZ DE LA REALIDAD

La Luz de la Realidad es la que se nos hace manifiesta individualmente en el más elevado punto de vista interior. Esto quiere decir que no es la misma constantemente, aunque brote de idéntica Fuente, sino que se hace más elevada, más brillante, más clara, más límpida y pura a medida que asciende nuestra vida interior. Llegando a la percepción de un más elevado aspecto de la Realidad, lo que dejamos atrás **-a pesar de que antes fuera realidad para nosotros, y siga siéndolo con respecto a lo que es inferior o más material-** es ahora comparativamente ilusión.

En otras palabras, si bien desde un punto de vista objetivo **-y también absolutamente en su substancia-** las cosas que nos rodean y el dominio de los hechos son realidad (realidad objetiva o sensible)- nuestro concepto de las mismas, la idea que de ellas nos formamos y el valor que individualmente les atribuimos, constituyen una realidad de orden superior a la precedente (la realidad subjetiva o mental) que, con respecto a ésta, es comparativamente ilusoria. Ahora, sea ultra las cosas mismas, sea como consecuencia de las ideas que nos formamos de ellas y del valor que les atribuimos, hay una realidad más elevada, que es la esencia única, el Manantial Primero, trascendente e inmanente de las unas como de las otras: ésta es la que se llama Realidad Absoluta o Trascendente, con respecto a la cual las dos realidades exterior e interior (objetiva y subjetiva) son y se convierten en una dúplice ilusión.

Por lo tanto, progresamos en el sentido de la Realidad, y nos acercamos siempre más a ella, según nos alejamos de la material evidencia exterior y nos adentramos y elevamos en el Reino Ideal de la Abstracción. El idealista vive en un plan de realidad superior al materialista; pero la “verdadera luz” que buscamos trasciende el Reino de las Ideas, así como este Reino interior trasciende el dominio exterior de los hechos.

Con esto no queremos significar que nos tengamos que abstraer por completo de lo material, o simplemente descuidarlo: bien al contrario, el dominio material de los hechos es, actualmente, nuestra necesidad de expresión, y como tal ha de ser dominado individualmente, para que haga manifiesto el Reino de las Ideas, iluminado por la Luz de la Realidad. En otras palabras, lejos

de descuidar lo material, o dejarlo fuera de nuestra consideración, debemos cuidar que sea una siempre más perfecta expresión de lo que somos, encontramos y realizamos anteriormente, cooperando con el G..A..D..U.. para que en esa misma materialidad se manifiesten debidamente sus planes.

Así pues, partiendo de nuestra expresión material como base sobre la cual se apoyan firmemente los pies del entendimiento objetivo y relativo **-que son también los instrumentos simbólicos de todo progreso-** hemos de buscar interiormente, en el más alto, elevado e ideal dominio de la abstracción, la única y verdadera luz que puede guiarnos e iluminarnos, y esforzarnos constantemente en manifestarla en el dominio práctico de la vida; pues esta misma Luz, como toda cosa o talento material o espiritual, se nos da y proporciona únicamente para el uso que de ella sepamos hacer.

Así se distingue el Maestro Secreto, como “Idealista práctico”, del que se pierde, con la escuadra del Juicio, en el dominio interior de la Abstracción, olvidando el compás con que debe medir y realizar su expresión.

EL BIEN Y EL MAL

Ingresamos ahora en un aspecto o fase sucesiva de discernimiento: lo que nos hace reconocer prácticamente, desde el más elevado punto de vista, lo bueno y lo malo.

Como criterio general debe considerarse bueno lo que ayuda y favorece el progreso individual, y malo todo lo que retarda y obstaculiza. Esta distinción es la que mejor puede guiarnos en un justo, recto y práctico discernimiento, aplicable a todas las contingencias y circunstancias de la vida; y todo lo que la vida nos presenta –oportunidades favorables como pruebas en apariencia desfavorables- debe utilizarse sabiamente en este sentido.

Ante todo hemos de convencernos de que lo que tiene más valor no son las cosas y condiciones en sí mismas, sino nuestra propia actitud **-la actitud que elegimos-** respecto de ellas. Toda condición o circunstancia, cualquiera que sea, es una oportunidad favorable para algo que debemos aprender y manifestar, una ocasión que se nos brinda para revelar y demostrar lo más elevado en nosotros. Las mismas tinieblas son condición necesaria y oportunidad para la manifestación de la Luz, así como el caos material lo es para el orden Divino.

Toda circunstancia, todo trance favorable o desfavorable, puede y debe convertirse en oportunidad para nuestro progreso individual y así mismo, para el progreso de los demás que, de cualquier manera, vengán o estén en contacto con nosotros, siendo ésta su real finalidad.

Así pues, todo, indistintamente, debe ser acogido con perfecta serenidad y comprensión, considerando el mal aparente como ocasión para revelar y manifestar un bien real que se encuentra detrás del mismo en estado latente. Nada debe tener el poder de turbarnos o desalentarnos: en todo **-ser o cosa-**

hemos de ver lo real, que es lo bueno y más elevado; y de esta manera favorecernos su expresión.

Una circunstancia adversa es un amigo que se nos presenta bajo la máscara de un enemigo, y como tal hay que reconocerlo, por medio de nuestro discernimiento. Manifestando en cada circunstancia lo mejor y más elevado de nuestro ser, obrando constantemente de acuerdo con nuestros principios y con lo que consideramos como más alto e ideal, nos ponemos en armonía con el Plan Divino y favorecemos su expresión, y no hay condición contraria que no pueda y no deba de esta manera resolverse en un bien efectivo y real para todos los que se hallen interesados o comprometidos en la misma.

Por lo tanto, el discernimiento debe guiarnos para obrar según los principios y no según las circunstancias, considerándose éstas como el molde que debe recibir y expresar aquéllos: así cooperamos en la manifestación perfecta del Plan G..A.. en nuestra vida y en la de nuestros semejantes.

IMPORTANCIA Y UTILIDAD DE LAS COSAS

Aquí también necesita ejercerse nuestro discernimiento espiritual: hay que distinguir y ver claramente la relativa importancia y utilidad de las cosas, desde el punto de vista más elevado, para cesar de ser esclavos inconscientes de ellas y utilizar lo más provechosamente, cooperando con el Plan Evolutivo, nuestros esfuerzos, medios y posibilidades.

Muchas de las cosas que para la gran mayoría de los hombres tienen una importancia soberana, no tienen ninguna o la tienen muy limitada para el Iniciado que posea un más elevado discernimiento de la Realidad, siendo para este último más importante lo que contribuye a elevar al hombre interiormente y manifestar su nobleza y sus mejores talentos y potencialidades latentes.

Hay que aprender a servir con libertad, haciendo constantemente lo mejor que podamos para la mejor expresión de lo Divino en todo lo que nos rodea y nos atañe, dejando, sin embargo, a los demás aquella misma absoluta libertad, que es la primera y más indispensable condición de la manifestación individual. Los que la obstaculizan y le ponen límites, siempre pertenecen a la categoría de los que no saben que se trata de un legítimo derecho de todo ser humano, que los que saben respetan constantemente.

También es preciso aprender a no juzgar la importancia de las cosas por su magnitud exterior: una mínima cosa puede ser alguna vez de mucha mayor importancia que una más grande. Según nuestro criterio se funde sobre la realidad central o la ilusión periférica. Lo más importante siempre es lo que más favorece y ayuda la expresión de los planes del G..A.., en los cuales cada uno de nosotros tiene un lugar, una responsabilidad y un deber que precisamente les corresponde.

Por lo tanto, cada uno debe esforzarse en juzgar por sí mismo y no entremeterse indebidamente **-especialmente con un juicio negativo-** en lo que no le corresponde, aunque fuera con la más elevada y altruista finalidad. Cada cual tiene que cumplir con su deber, y a ninguno se le pide realizar **-y mucho menos juzgar el deber ajeno-**.

El Iniciado en los Misterios del Arte debe esforzarse en hacer lo más útil como obrero, instrumento y medio para la expresión de los planes del G..A., eligiendo constantemente, de acuerdo con este criterio, su particular actividad y ocupaciones en la forma más provechosa. Así evitará perder el tiempo como los demás, reservándose especialmente para sí lo que los demás no pueden realizar aún. Nunca codiciará el lugar, ocupación o empleo de otro, sino que buscará siempre su propio lugar, en armonía con los Planes con los que tiene el privilegio de cooperar, y estará siempre dispuesto a cederlo a otro cuando esto parezca más oportuno y deseable, sin que constituya una renuncia de su deber.

También en sus estudios y lecturas elegirá “lo más útil” para su particular actividad y servicio, y procurará expresar lo que sabe, con prudente discernimiento, para que sus conocimientos y su iluminación interior sean los más útiles para los demás: Conocimiento y sabiduría son, pues, talentos que se nos dan para el uso, y según sabemos emplearlos útilmente se nos multiplicarán.

VERDAD Y ERROR

Nuestros conocimientos y la sabiduría que los complementa deben servirnos ante todo para discernir entre la Verdad y el Error, entre lo justo y lo injusto.

El iniciado debe saber extraer de los metales profanos **-errores, prejuicios y mentiras convencionales que constituyen moneda corriente en el mundo exterior-** el excelso privilegio de pensar por sí mismo, que se aprende y se ejerce despojándose y aislándose voluntariamente de aquéllos. Por esta razón evitará contribuir, con su propio pensamiento **-así como con sus palabras y acciones-** al enaltecimiento de aquellos valores ilusorios, sobre los que se apoyan la Ignorancia, la Superstición y el Fanatismo. Y debe, sobre todo, evitar ser esclavo de tales errores y supersticiones, pues no tiene ningún valor real la opinión de la mayoría; este último es un criterio absolutamente profano, por ser la Verdad eminentemente aristocrática, distinguido privilegio de los que se esfuerzan para conquistarla.

Así pues, el Iniciado ha de ser verificado, igualmente en sus pensamientos, palabras y acciones, **RECTIFICÁNDOLOS**, antes de expresarlos, con la escuadra interior del juicio que nace del discernimiento.

Y, así como diferente es el criterio profano del criterio iniciático de la Verdad, debe atenerse a este último, que le evitará confundir la apariencia con la realidad, y servir aquélla en lugar de ésta.

Sobre todo debe cuidar de no emitir nunca pensamientos malévolos hacia nada ni nadie para ser fiel a la Verdad y no contribuir al incremento del error.

EGOÍSMO Y ALTRUISMO

Hay que distinguir también, y saber discernir a cada paso, entre los motivos egoístas y desinteresados de nuestras intenciones, resoluciones y acciones.

Los primeros son los que nacen de la Ilusión de Separación del yo personal, cuya separación es necesaria para llegar al Magisterio, libre expresión de la Individualidad del superhombre en nosotros, del Hiram o Vida Elevada que mora inmortal dentro del mismo Sepulcro o Ilusión de la personalidad mortal.

Debe ser constantemente el Magister el que actúa en nosotros -**el Maestro Secreto que se esconde en las íntimas profundidades del “yo”**- para la perfecta expresión de los planes del G..A.., o sea, de la Verdad, a cuyo Servicio se ha dedicado.

Por esta razón lo que debe buscar es únicamente la expresión de sí mismo, de lo más alto, noble y elevado que puede encontrar en sí, o sea la irradiación de su Individualidad y la expresión de sus talentos, como luz orientadora y actividad desinteresada en beneficio de los que le rodean, alejando toda intención o finalidad egoísta que sería un impedimento para la libre expansión de esta Luz, a la que pertenece, pero que no le pertenece.

La luz que brilla en nosotros tiene, pues, el mágico poder de encender simpáticamente la que se encuentra en un estado todavía latente en los que nos rodean, toda vez que, en lugar de fijarnos en los defectos y lo que constituye la apariencia exterior de la personalidad ilusoria, nos concentremos en su ser real, en la misma Divinidad que en ellos se encuentra y busca su expresión.

Así únicamente podemos ayudar a los demás: cesando de criticarlos por justas que nos parezcan las críticas, y evocando al Maestro Secreto que se encuentra en cada ser humano y aspira a superar y trascender las ilusiones y limitaciones de la personalidad.

Ésta es la única forma en que debemos intervenir en los asuntos ajenos, es decir, desde lo interior, y no desde lo exterior: desde el dominio de nuestra Realidad Central, en la que cesa la ilusión de la separatividad desde el Centro del Círculo de toda la manifestación universal, corrigiendo para siempre el punto de vista constantemente imperfecto de la personalidad que pertenece a la Ilusión Periférica.

Afirmar en silencio y aprender a ver interiormente la Chispa Divina o Divinidad Latente que se encuentra en todo ser humano, es uno de los mejores y más prácticos ejercicios que los Maestros Secretos puedan hacer, que nunca deja de dar los más deseables resultados exteriores, cuando éstos no se busquen y

apetezca, pues serían otros tantos obstáculos para la libre manifestación de la Luz, que ha de ser la única finalidad de nuestros esfuerzos.

Así se resuelven, en la forma más satisfactoria para todos, las dificultades y desarmonías de la existencia. En todo caso lo que se necesita es que cada cual se exprese e irradie espontánea y libremente LO MEJOR, es decir, la Luz Divina que en ellos siempre se encuentra en estado latente, y cuya manifestación plena es la Necesidad y Finalidad Suprema de la Existencia.

Aprendamos a buscarla y verla igualmente dentro de nosotros mismos y de los demás: la vida tendrá entonces una nueva razón hasta aquel momento desconocida, y se nos abrirán siempre nuevas y mayores posibilidades.

QUERER

Así como el saber iniciático se identifica con la claridad del discernimiento, así también el querer que aquí se trate es la Voluntad purificada y despojada de todo deseo personal. Esta purificación de la voluntad es la consecuencia natural del discernimiento ejercido sobre los motivos que nos impulsan a la acción: toda vez que se consiga un discernimiento lo suficiente claro y elevado, la voluntad será igualmente purificada en un grado correspondiente.

Mientras nuestra atención se concentra sobre lo más elevado y real, lo que es menos elevado y comparativamente irreal pierde naturalmente toda atracción para nosotros.

No de otra manera puede realmente purificarse nuestra voluntad sino enalteciendo y elevando constantemente nuestras miras y aspiraciones, y concentrándolas siempre más arriba, según el poder de percepción de la inteligencia.

El Maestro Secreto que en el Santuario de su propio corazón haya realmente realizado una mística alianza con el Principio de la Vida, no podrá hacer ni desear ninguna cosa que no sea la más perfecta manifestación de Sus planes, y todo lo restante cesará de tener poder y atracción sobre él.

Estos planes son las Supremas Necesidades Cósmicas, y las Leyes e Impulsos **-expresiones de la Voluntad Única-** que las actualizan y reconducen la Multiplicidad en la conciencia de la Unidad. Con el reconocimiento de estos Planes, la Voluntad Individual se identifica con la Cósmica Voluntad que preside toda manifestación, cuya existencia y poder queda demostrado por el Orden y la Inteligencia que reinan doquiera. Despojándose de sus limitaciones personales y vibrando al unísono con el Único Poder, éste se multiplica y se identifica con la misma Omnipotencia.

La Voluntad Individual, efectivamente, se hace siempre más fuerte y poderosa, según sabe trascender y superar las limitaciones de los deseos personales, que son otros tantos obstáculos para su libre y perfecta expresión.

Por esta razón, este segundo punto del Cuaternario de Realización se identifica con Vairagia o despasión: “falta de deseo”, más especialmente para la polaridad negativa del error o ilusión.

SUBLIMACIÓN DE LOS METALES

El deseo que tiene que ser eliminado es únicamente el deseo personal que parte de las limitaciones del Ego y de la ilusión de separación, y por lo tanto es deseo egoísta. Pero la íntima esencia de lo que indica la palabra desiderium va mucho más allá de lo que significa el sánscrito kama, que puede más justamente traducirse por libido. En todo deseo hay, en el fondo, una manifestación de lo Divino que busca su expresión al exterior y es Dios mismo –nuestra Luz Inspiradora y Espíritu Animador- que quiere manifestarse como algo que se convierte en objeto del mismo deseo.

Este impulso de naturaleza espiritual es en sí mismo puro y perfecto; pero, encadenado a nuestra comprensión limitada, se hace partícipe de estas mismas limitaciones que lo transforman en deseo más o menos impuro e imperfecto. Por ejemplo, el deseo de una cosa en sí misma no es malo: es un impulso divino hacia una consecución cuya recta y justa localización puede contribuir a nuestra felicidad. Sin embargo, el deseo que se localiza hacia algo que pertenece a nuestro prójimo, es un deseo que se ha hecho impuro por la pureza de la inteligencia; y todo deseo que se localiza hacia lo manifestado tiene algo de impuro e indeseable para quien desea encaminarse en el Sendero de la Perfección.

Este deseo tiene que elevarse y concentrarse, destacándose de las cosas y objetos exteriores, para fijarse en la esencia central y originaria de las mismas que se encuentran dentro de nosotros y espera ser interiormente reconocida para adquirir el poder de manifestarse exteriormente. Esto quieren significar las palabras evangélicas, tan poco entendidas: “No os hagáis tesoros en la tierra (el dominio de la manifestación objetiva, o sea, el deseo dirigido hacia la ilusión periférica), donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el cielo (la realidad central, origen y manantial de toda la manifestación).

Por lo tanto, todo deseo es un metal que tiene que ser sublimado o elevado, o sea, transmutado por medio de la semilla interior que esconde en su centro o corazón vital: el plomo del deseo egoísta concentrado sobre lo material, el estaño de la intemperancia, el mercurio que se fija sobre lo ajeno y el hierro de la violencia que destruye y esclaviza, caracterizando la fuerza de voluntad egoísta; el cobre del amor pasional y la misma plata que se manifiesta en la vanidad de las posesiones, deben transmutarse en aquel oro puro interior o esencia espiritual incorruptible, con los cuales se consiguen verdaderas riquezas y tesoros íntimos

LA ESENCIA INTERIOR DE LAS COSAS

Hay que fijar nuestra atención y deseo sublimado en la esencia interior de las cosas, ya no sobre su apariencia exterior, para que la Voluntad adquiera el poder de transmutación que convierte los metales viles en oro, o sea el mal en Bien en todas las circunstancias de la vida. Por esta razón, para la transmutación exige una mínima cantidad de piedra filosofal o polvo de proyección, resultado de un sabio y profundo discernimiento: la Piedra Filosofal es la que valoriza la semilla interior y le da el poder de germinar, como mística levadura que hace fermentar y levanta la entera masa metálica, haciendo aparecer exteriormente su Vida Elevada.

Aquí se nos muestra otro sentido de la Leyenda de Hiram, que puede aplicarse tanto a las transmutaciones metálicas como a la íntima sublimación del hombre: siempre es la Vida Superior latente **-muerta o dormida-** que tiene que ser encontrada, reconocida y vivificada por medio de la Palabra que produce el milagro de la resurrección. En el simbolismo de este grado, dicha vida se halla concentrada en el corazón **-habiéndose vuelto cenizas la forma ilusoria-** y este corazón embalsamado (con las esencias santificantes de la Eternidad) tiene que trasladarse por encima del Ara o Piedra Cúbica, para que la transmita, identificándose la urna que lo contiene con el Arca de la Alianza, pues una sola llave sirve para las dos.

En la medida en que nuestra atención se concentra en la esencia interior de las cosas, se descubren los tesoros escondidos u ocultos en ellos, como el mismo Hiram en su tumba, y adquirimos el mágico poder de manifestarlos por medio de la Palabra o Verbo interior **-reconocimiento y afirmación-** que constituye el principio de la realización.

La esencia interior es la semilla metálica de las cosas, el centro que se expresará en el círculo de la manifestación; y el Discernimiento es aquella piedra filosofal que tiene el poder de despertar su actividad latente y producir una manifestación evidente que la demuestra exteriormente.

Lejos de destruir o suprimir los deseos, con un Fanatismo y una ignorancia parangonables a los de los malos compañeros que asesinaron a Hiram, hay que sublimarlos y elevarlos con el Discernimiento, utilizando su Fuerza, que proviene del Potencial Divino latente en nosotros, fijando la atención en la esencia incorruptible de cuanto deseamos.

En otras palabras, hay que considerar aquellas cosas **-sean cuales fueren-** como pertenecientes al círculo de la manifestación, y buscar en ellas el centro correspondiente, identificándonos con ese Centro **-pues hay un solo centro en el Universo-** y así descubriremos su Manantial en nosotros mismos, y tendremos el poder de manifestarlas desde el interior, o sea, desde su Realidad Central a su Apariencia Periférica.

Las cosas materiales, como las espirituales, obedecen igualmente a esta Ley, que es la misma Ley de la Creación, identificándose la Voluntad Individual

con el Yod o Fiat Creador, Instrumento o Vehículo con el que se revela. Así, por ejemplo, quien desee la riqueza, debe fijar su atención en la esencia divina interior de la misma, y no en sus manifestaciones, considerando esta Esencia como algo que se encuentra dentro de sí, en su Ser Espiritual, o Vida Elevada, de donde tiene que brotar exteriormente, como el agua de una fuente o la luz del sol. Debe cesar de ir en busca del dinero en cualquier forma y reconocer interiormente la Divina Presencia, que por sí misma buscará y seleccionará su manifestación exterior por medio del instrumento o vehículo más adecuado.

Igualmente, quien desee más salud debe cesar de considerarla dependiente de lo exterior, y especialmente debe buscarla por medios que se basan sobre la idea y el reconocimiento implícito de la enfermedad.

Lo único que debe hacer es concentrar toda su atención en la esencia y manantial interior de la vida, deseando una mejor expresión de su Infinita Perfección, apartando por completo la atención de los remedios, aplicaciones y condiciones exteriores.

Hay que buscar en toda cosa el punto de origen y la realidad central causativa, fijando sobre ésta la punta del compás de la Comprensión, con la seguridad de que el otro extremo del compás producirá por sí mismo una adecuada manifestación exterior, en el círculo de la existencia en el cual se mueve.

Pero, si en vez de fijar esta punta sobre el centro la fijamos sobre la periferia, no debemos maravillarnos si nos encontramos extraviados y las cosas que deseamos se alejan de nuestro propio círculo.

ATREVERSE

Elevando constantemente nuestras aspiraciones hacia el centro que les indica el Discernimiento, éstas se convierten en los Ángeles que suben por la escala de la Inteligencia: así los deseos purificados adquieren las alas con las que se encaminan hacia la Fuente de toda realización.

Llegamos así al tercer punto, o sea, el atrevimiento, que no debe confundirse con la osadía de nuestras facultades inferiores: éstas, como los Gigantes mitológicos, pueden muy bien intentar escalar el cielo; pero, mientras sean meramente humanas serán constantemente rechazadas por el Fuego de Júpiter **-idéntico al Poder de la Llama que aleja a los mortales del paraíso terrenal-** que quema y destruye toda impureza.

En su sentido iniciático, el atrevimiento más bien puede compararse con los Arcángeles **-o sea, las inspiraciones-** que descienden del Cielo, como respuestas, según suben los Ángeles como aspiraciones purificadas. Aquí tiene que estar muy alerta nuestro discernimiento para evitar que las Inspiraciones

Celestes se confundan con las tentaciones terrestres: éstas vienen de abajo y no de arriba; del Círculo de la Ilusión Periférica, en vez del Centro de la Realidad Divina. La escuadra del Juicio debe aplicarse correctamente, según nuestro Criterio de la Verdad, para que podamos definir y aclarar la proveniencia de las mismas.

Mientras el Querer debe resolverse en un dinamismo centrípeto, el Atreverse no puede ser sino la resultante excéntrica del mismo dinamismo: una actividad o acción, un trabajo o labor interiormente inspirado, que puede hacerse corresponder en cierta manera con la pierna del compás que traza el círculo de la manifestación, aquel mismo círculo del cual el Maestro Secreto ha de buscar constantemente la cuadratura.

Este símbolo muestra la atención y extremo cuidado que debemos tener con relación al tercer punto de la realización, después de haber encontrado con el Discernimiento el centro del círculo, y haber fijado sobre el mismo con la Voluntad centrada, la punta del compás. Es, pues, necesario que la línea que se traza corresponda con los planes del G..A., y por esta razón cada punto tiene que escuadrarse según la norma interior. Debemos siempre estar muy seguros de que son las inspiraciones divinas (que descienden en respuesta a nuestras aspiraciones superiores) las que nos guían constantemente en la actividad.

ACTIVIDAD DESINTERESADA

Por lo tanto, nuestra actividad ha de convertirse en la más desinteresada expresión de nuestras inspiraciones. Todo lo que nace de un interés personal viene de abajo: es una expresión del Shaitán o Ilusión Periférica –la Serpiente o Círculo tentador- que quiere hacernos sus esclavos, alejándonos de la más noble y digna tarea de Obreros del G..A. y cooperadores en la actuación de sus planes.

La tentación se presenta a cada momento, pues constantemente tenemos que elegir; por esta razón hemos de llevar con nosotros la escuadra sobre cada punto del círculo -**emblema de perfección**- y cada punto debe ser vértice de un triángulo rectángulo. Y una vez más se nos hace evidente la importancia del teorema geométrico que lleva el nombre inmortal de Pitágoras.

La suma de los dos cuadrados construidos sobre los catetos debe ser igual al único cuadrado construido sobre la hipotenusa, que es el diámetro del círculo. Es decir, que el producto total de nuestras actividades pasadas, sumado con las que nos esperan en cada momento, debe ser igual a la unidad potencial de nuestra existencia para que pueda clausurarse el ciclo de la misma, según el diámetro inicial, expresión del radio de nuestras posibilidades.

Considerando los extremos del diámetro como los dos polos del nacimiento y de la muerte, podemos medir sobre cada punto del círculo, los dos

catetos de la actividad pasada y futura que deben concentrarse en perfecta escuadra, culminando en el vértice del Presente.

Nunca debemos olvidar que este vértice resulta de lo que hemos hecho y prepara lo que seremos, manifestando ambos las potencialidades latentes del diámetro **-la unidad en la que se inicia y se resume todo ciclo vital-**.

De ahí que sea ilusorio buscar afuera lo que sólo puede provenir del centro de la manifestación individual.

LAS SEIS CUALIDADES

Con este tercer punto se relacionan las seis cualidades que miden constantemente con el radio del círculo que puede trazarse sobre cada punto del ciclo de la existencia.

Pueden agruparse estas cualidades o calificaciones en 3 pares, el primero de los cuales se refiere al dominio de sí mismo en el doble círculo de la actividad mental y exterior, el segundo al binomio tolerancia-contentamiento y el tercero a la unidad de propósito y a la confianza.

Como condiciones necesarias para el perfecto desarrollo de una actividad inspirada adentro, estas cualidades pueden también considerarse como el complemento de las tres que vimos para el grado de Compañero: alegría, fervor y libertad. Las mismas cualidades expresan, pues, la mística alianza entre el Hombre y Dios **-determinada por las aspiraciones elevadas o Ángeles que suben de aquél-** y convertidas en activa cooperación por los Arcángeles o inspiraciones que descienden del segundo y dirigen al primero, según su receptividad y mansedumbre, en su actividad y en toda circunstancia de la vida.

El mismo número 6, de las cualidades muestra cómo puede conducir a la perfección central representada por el número 7.

DOMINIO DE LA MENTE

El signo de silencio indica el dominio de la mente como uno de los objetos fundamentales del Maestro Secreto: es preciso aprender a callar, no solamente las palabras, sino también los pensamientos que no están en armonía con las finalidades constituidas por nuestras aspiraciones más elevadas.

Especialmente deben evitarse todas aquellas emociones (o movimientos interiores) que turben su claridad y le impidan reflejar debidamente los planes siempre perfectos del G.·A.·., como, por ejemplo, toda forma de irritación o impaciencia, angustia o temor.

Nada **-nada de lo que acontece exteriormente y quiere imponerse en nosotros, sobreponiéndose a nuestras buenas intenciones-** debe tener el poder de turbarnos y, menos todavía, hacernos desviar de nuestros más elevados

propósitos y mejores determinaciones. Todo esto pertenece al círculo de la ilusión periférica, mientras que lo que debe dirigirnos y dominar nuestros pensamientos y acciones ha de ser únicamente la realidad central de nuestro verdadero ser.

Sobre todo cuanto intente imponerse a nuestras determinaciones debemos aprender a proyectar la luz interior del discernimiento, que puede dominarlas y evitar que nos dominen: son las tinieblas del caos exterior sobre las que debe verse, para disiparlas, la Luz que interiormente hemos encontrado. Pero para este fin se necesita que nuestra atención se concentre sobre la luz, ya no sobre las tinieblas, pues de otra manera éstas llenarían, con nuestros ojos, todo el círculo de la manifestación individual.

Nada debe turbar la serenidad y el equilibrio de nuestra mente y contristarnos, y es nuestro deber mantenernos contentos, serenos y alegres en cualquier situación, por la siguiente triple razón: primero, lo que cuenta no son las cosas en sí mismas, sino nuestra propia actitud interior respecto de ellas; segundo, nuestro dominio sobre las mismas depende del dominio que tengamos sobre nuestra propia mente; tercero, la perfecta serenidad de nuestra mente es la única condición que permite a la Luz interior brillar en ellas, como un sol en un cielo sin nubes.

Toda vez que las cosas externas tienen el poder de hacernos desviar de nuestra tarea, o de la perfecta condición de equilibrio y serenidad mental en la que puede dignamente cumplirse, nos hacemos esclavos de las mismas e indignos obreros del G..A., el Principio Ideal y Divino, al que sólo hemos de servir –con alegría, fervor y libertad- reconociendo su Omnisciencia y Omnipotencia.

Lo importante no es lo que nos acontece -un pasivo reflejo periférico, producido por nuestras acciones y pensamientos pasados- sino lo que en cada momento pensamos y hacemos. No desperdiciemos, por lo tanto, en la tristeza, en la melancolía y en la recriminación un tiempo precioso que podemos útilmente emplear fijando nuestra atención en aquella Luz infinita que brilla constantemente en nosotros, y que tiene el poder de disipar toda tiniebla exterior, a condición de que nos abramos interiormente para recibirla, llenándonos con ella y proyectándola exteriormente.

Se nos hace así patente la necesidad de aprender a concentrarnos, a fijar el pensamiento sobre un punto o una meta determinada, evitando que cualquier cosa tenga el poder de desviarlo: en esto precisamente estriba el dominio de la mente.

DOMINIO DE LA ACCIÓN

La actividad viene a ser rectamente dirigida cuando la iluminan nuestras más altas inspiraciones. Debemos aprender a realizar nuestro propio deber,

según nos dicta interiormente nuestro Genio Individual, que es distinto de aquellos deberes que muchas veces se creen en el deber de imponernos los demás.

La doctrina del deber -llamado en sánscrito Dharma, de la raíz dhri, que significa “sostener, soportar, dirigir”- es uno de los puntos de más importancia en la Filosofía Iniciática. Toda ella estriba en aprender nuestro deber, que consiste en manifestar nuestro Ser interior, hacer que se expresen sus cualidades, potencialidades y posibilidades latentes. Pues nuestro verdadero deber es el sostén, y por ende, el impulso interior –lo que nace de nuestra Vida Elevada, del Hiram en nosotros- que debe guiarnos y dirigirnos en cuanto somos y hacemos.

Nuestro verdadero deber –el deber de cada uno de nosotros en cualquier momento o circunstancia- nos lo dice en sencillas, sublimes palabras el Nazareno:

“Hacer la Voluntad de Dios”. Es decir: expresar o manifestar la Luz que se halla latente en nosotros, nuestro Verbo animador, según el mismo quiere, desea y nos inspira. Y esto debe hacerse como mejor podamos, para que la perfección latente (el plan del G..A..) hágase manifiesta.

Sin embargo, el hecho de seguir nuestras más elevadas aspiraciones interiores no significa que hemos de descuidar los deberes ordinarios de la existencia, ni faltar a nuestros compromisos, y a lo que legítimamente se espere de nosotros; pero tampoco hemos de permitir que deberes imaginarios nos alejen de la senda de la expresión de lo Divino, que es constantemente nuestro principal deber y la suprema finalidad de la existencia.

Por lo tanto, el discernimiento individual debe ejercerse en cada circunstancia, haciendo que los unos armonicen con los otros -la escuadra que mide lo material, con el compás que comprende lo espiritual- y que ni las consideraciones materiales mermen los impulsos de la Vida Elevada, ni éstos sean en detrimento de su perfecta manifestación.

TOLERANCIA

El mejor cumplimiento de nuestro deber, buscando la expresión de lo más elevado, nos muestra también la necesidad de una actitud de tolerancia y comprensión que hemos de observar respecto de los que se esfuerzan en sus particulares caminos, los que, aunque distintos del que seguimos, son igualmente dirigidos hacia la misma finalidad, pues UNO es el objeto, finalidad,

Meta y Razón Suprema de todo.

No debemos nunca perder de vista la unidad en la multiplicidad, ya que cuando lo hagamos nos alejamos de aquella visión central en la que únicamente reside la Perfecta Comprensión, y nos circunscribimos en la estrechura del Fanatismo.

Una vez hayamos superado en nosotros mismos la superstición ignorante, con una más elevada e iluminada comprensión de la Verdad, habremos adquirido

también una más perfecta comprensión para los que todavía se hallan más o menos alejados de nuestro punto de vista, y con esta comprensión aquella inalterable tolerancia que constantemente va acompañada del perfecto conocimiento.

Así pues, toda forma de intolerancia demuestra una correspondiente angostura o limitación de la inteligencia: quien realmente sabe, comprende - como la extensión del compás que llega más allá del alcance ordinario de sus **brazos**- y de esta manera entiende lo bueno y lo justo que se esconde también en muchos llamados errores y prácticas supersticiosas.

No debemos, por consiguiente, usar la escuadra sin el compás, ni éste sin aquélla. La comprensión es necesaria para el juicio; pero tampoco puede haber una justa comprensión sin el juicio; sólo que esto ha de ser lo más posible recto. La perfección se encuentra constantemente en el medio, es decir, entre la escuadra y el compás. Por esta razón el Maestro Secreto pone entre estos dos instrumentos del grado anterior la Llave de un Iluminado entendimiento que debe caracterizarlo, emblema de la armonía que realiza entre el Juicio y la Comprensión.

CONTENTAMIENTO

El contentamiento, en las circunstancias de la vida individual - **cualesquiera que sean**- es condición necesaria para la eficiencia de todo lo que uno haga o pueda hacer.

La vida, con todo lo que nos presenta de agradable o desagradable, debe aceptarse serena y alegremente, sin murmuraciones ni lamentos: nunca debemos dejarnos dominar por la depresión y el descontento, sino aceptarlo todo con aquella paciencia que es expresión de una paz interior que nada puede turbar.

No se trata simplemente de “resignarse”, sino más aún de cooperar con las mismas dificultades, oposiciones y contrariedades, considerándolas como oportunidades para la manifestación de la Luz Interior, acordes necesarios para la producción final de un grado más elevado de armonía, medios e instrumentos del bien que, por medio de ellos, debe exteriorizarse.

Se necesita, para eso, algo más que la simple ausencia negativa de la turbación: una actitud positiva de activa Benevolencia y Amor, que no se deja vencer o dominar por ninguna contrariedad.

En otras palabras, debemos aprender a dar la bienvenida a todo lo que acaezca en nuestra vida, a todo lo que advenga sobre nuestro sendero, ejercitando aquel Discernimiento que nos permita desenmascarar la ilusión periférica de la apariencia, y evidencia su realidad central, que no puede ser sino benéfica.

Acordémonos de que todo descontento o depresión es una nube que se forma sobre el límpido cielo de nuestro ser, un obstáculo y un impedimento para

la Luz que debería y debe manifestarse desde adentro; y que todo lo que somos y podemos ser, todo lo que la vida puede presentarnos, es lo que se ha expresado y se está expresando, teniendo su origen causativo en nosotros mismos.

UNIDAD Y CONSISTENCIA DE PROPÓSITO

Esta cualidad es el resultado natural de la firmeza de concentración que ha producido nuestro querer: la unidad de propósito deriva de habernos establecido firmemente sobre la unidad central, mientras que todo lo que puede desviarnos, hacernos dudar y vacilar, sólo puede provenir del círculo periférico de la Ilusión.

Cuando nuestro único intento sea la expresión de la Unidad Central o Vida Elevada de nuestro ser, la manifestación de la Luz Latente desde su único Manantial, nada ni nadie tendrá el poder de desviarnos, y todo se convertirá en áurea oportunidad para la expresión de esta Luz, con el auxilio y la guía inspiradora de los arcángeles que descienden por esa mística escalera, que corresponde al llamado Antaskárana de la filosofía hindú.

Así pues, para lograr la unidad y coherencia de propósito que haga eficiente nuestra actividad individual, debemos con frecuencia concentrarnos, o sea, hacer que suban constantemente los ángeles de nuestras aspiraciones y propósitos elevados hacia la Unidad Central, infinitamente más sabia y poderosa que nuestra “personalidad”.

Todo cuanto hagamos debe derivar de este único propósito de expresar la luz interior; por lo tanto, hemos de hacerlo A.L.G.D.G.A.D.U., o sea, según el Ideal Inspirador, más bien que por complacer a los que lo vean, absteniéndonos de la acción cuando lo juzguemos más sabio, pero ejecutando todo como mejor podamos, sin dejarnos dominar jamás por consideraciones de conveniencia y utilidad personal.

Finalmente, nada debe alejarnos del sendero interior, único en el que se encuentran nuestras posibilidades de progreso: el Sendero que conduce al reconocimiento y dominio siempre más completo de la Unidad Central sobre la Ilusión Periférica. Por lo tanto, se necesita que constantemente juzguemos cuál de las dos nos guía, cuál de las dos nos inspira y dirige en lo que queremos, intentamos o hacemos.

CONFIANZA

Para que la Luz Interior se intensifique y su poder se afirme cada vez más, hemos de tener absoluta confianza en su Guía Inspiradora, en su Sabiduría y Poder, como el verdadero Maestro Secreto que mora en nosotros, y es infinitamente más que nosotros **-supremamente Sabio, Poderoso y Bueno-**.

La Confianza abre el canal a la expresión interior, mientras toda forma de desconfianza lo cierra o clausura; pero para esto necesitamos centrarnos y concentrarnos siempre más exclusivamente en lo interior -la Realidad Central- en vez de fijarnos en los objetos, cosas y personas en su modalidad externa. Hasta que lo aprendamos, recibiremos continuas desilusiones, pues esta Realidad es “un Dios celoso que no tolera otros dioses delante de sí”; y cualquier consideración que antepongamos a este fin elevado es “otro Dios” que reconocemos y honramos, en lugar del único y verdadero.

La vida puede quitarnos las cosas externas sobre las que nos apoyamos: bienes y riquezas, personas y afectos, el mismo premio o justa retribución de nuestros esfuerzos, trabajo o actividad, y lo que más hemos o hubiéramos deseado. Pero todo esto no debe tener el poder de contristarnos, ni debemos permitir que la más leve nube ensombrezca el Santuario de nuestro ser interior, acogiendo con sereno contento e inmutable confianza todo lo que se presenta y aparece en la periferia, mientras el ojo interior se fija en el centro, en el que permanecen únicamente la Fuerza, la Realidad y el Poder.

CALLAR

El cuarto punto del Cuaternario no debe considerarse por ningún concepto como menos importante que los precedentes, y tampoco importa que su sentido más profundo no aparezca superficialmente.

Desde un punto de vista analógico, el SABER puede parangonarse con el Aire que constituye la esfera de la manifestación; el QUERER con el Fuego que sube, como las aspiraciones y los deseos de los hombres, de la tierra al cielo; el ATREVERSE con el Agua que desciende para fecundar y fertilizar la tierra y CALLAR con la Tierra en cuyo seno germina y brota silenciosa la semilla de la realización.

También puede equipararse el saber a la cabeza humana de la Esfinge; el querer a sus alas de águila, que se dirigen hacia arriba; el atreverse a sus patas y pecho de león, y el callar a la parte posterior e inferior taurina del monstruo - **palabra equivalente etimológicamente a mirabilia**- simbólico.

Finalmente, hay una igual correspondencia entre el Saber y las copas o corazones de los naipes; el Querer y los bastones, cetros o flores; el Atraverse



y las espadas o picas y el Callar y los dineros, cuadros o pantaclos que completan el cuaternario. Y esto nos demuestra cómo el simbolismo iniciático se encuentra muchas veces en donde menos lo sospecharíamos, y por ello debemos cuidar de no despreciar o considerar indigno de nuestra consideración lo que todavía no comprendemos.

EL PODER DEL SILENCIO

En el silencio se oculta un Poder que en vano buscaríamos en la palabra hablada: todas las grandes Fuerzas y las posibilidades latentes de la Naturaleza trabajan en silencio, y en el silencio cumplen sus mayores milagros. En general puede decirse que la intensidad y valor de una fuerza y su real eficiencia obran en razón inversa del ruido con que puede aquélla manifestarse exteriormente; el ruido más bien suele denotar una atrición, o sea, un desperdicio de energía que no se ha concentrado perfectamente en la finalidad hacia la cual la misma fuerza fue dirigida.

Cultivar el silencio, en todo lo que se refiere a nuestros proyectos y actividades es, pues, la mejor manera de asegurar su realización en la forma más deseable, pues propicia el apoyo de aquellos Poderes Invisibles que únicamente en el silencio pueden encontrar un medio conveniente para su expresión.

Esta virtud del Secreto y del Silencio nos la enseña la Masonería fundamentalmente, desde la primera admisión del profano como Aprendiz en el Templo de sus Misterios; y es la condición que nos asegura un progreso real en la carrera masónica: el secreto final de la Orden no puede comprenderse y realizarse individualmente sino en el místico silencio de la búsqueda interior.

La eficiente actividad de una Logia y de cualquier agrupación masónica estará siempre en razón directa del místico silencio y del secreto que guardará sobre sus tenidas y labores; y todo verdadero Masón se reconocerá por las cualidades del silencio y de la discreción que guarde sobre sus relaciones y conocimientos, así como sobre todo lo que se refiere a las actividades y proyectos de la Orden.

Por lo tanto, el deber y la virtud del silencio exterior sobre las actividades, aspiraciones y proyectos interiores se hallan justamente remachados en este cuarto grado de realización **-que introduce a la Masonería Filosófica, Mística y Mágica, sintetizando la Simbólica, así como la década reúne en sí las primeras 9 cifras-** en el mismo nombre del Maestro Secreto y en el signo de silencio que lo caracteriza.

Aprender a callar **-callar respecto de lo que somos, sabemos, queremos y hacemos-**: he aquí una condición necesaria, ya sea para nuestro individual progreso filosófico, ya sea para el adelanto de aquella parte de la Obra que especialmente nos está encomendada o de cualquier manera depende, directa o indirectamente, de nosotros.

El sabio se impone el deber de no hablar nunca de sí mismo, ni siquiera para defenderse cuando sea acusado, pues todo lo que uno pueda decir de sí, nace de la personalidad ilusoria e refuerza la ilusión de la misma, mientras aspira a superarla en un sentido más profundo de la Individualidad, que es constante expresión luminosa que emana del Ser interior.

Hablar es síntoma de vanidad y patentiza la oscuridad interior, como la de todos los cuerpos que reciben la luz desde afuera y la reflejan: el Iniciado debe brillar por su propia luz, y no por lo que se dirija exteriormente sobre su personalidad; más bien tendrá por deber esconder su lámpara bajo la capa que lo recubre **-como lo muestra el noveno Arcano del Taro-** cuando lo considere prudente y necesario.

DISCIPLINA EXTERIOR

La iniciática virtud del Silencio debe considerarse bajo el doble aspecto de disciplina exterior y realización interior. La primera es el hábito o costumbre de callar todo lo que no se considere útil, necesaria y desinteresada expresión de nuestros pensamientos, venciendo y dominando la locuacidad instintiva que nace de la vanidad y falta de reflexión.

El Verbo es un poder que debe ser inteligentemente dirigido y usado, y toda palabra vana que digamos nos es tomada en cuenta, aumentando la pasividad e imperfección de nuestra personalidad. Para adquirir la conciencia y el uso disciplinado de este Poder, las antiguas Escuelas Iniciáticas **-ejemplo clásico la Pitagórica-** prescribían años de absoluto silencio a sus discípulos, con el objeto de que antes aprendieran a escuchar y reflexionar convenientemente.

Aprender a callar es, por lo tanto, uno de los puntos de más importancia y trascendencia de la educación individual; más aún, puede decirse que es la base de esta última: lo que es en nosotros más real e interior, puede encontrar únicamente en el silencio un vehículo o medio conveniente para su expresión exterior, mientras que las palabras, en general, nos alejan de lo Real, fortificando en nosotros el Poder de la Ilusión que se trueca por Aquél.

De aquí brota el criterio que debe guiar al Iniciado en lo que convenga callar o expresar: hay que callar todo lo que no sea una expresión de lo Real y no ayude o favorezca su plena manifestación.

Esta regla general debe aplicarse con aquel Discernimiento Individual que en cada caso y circunstancia nos hace ver lo real y se convierte en vehículo o canal para su más perfecta expresión.

Pero también aquí debe notarse que la afirmación interior es casi siempre más útil, efectiva y deseable que su expresión verbal y audible, pues la máxima potencialidad de la Palabra es la que nace del Silencio mismo, y aprender a hablar interiormente, manifestando el Poder del Silencio en nosotros, es de mucha mayor importancia que cualquier ejercicio retórico exterior.

Se nos hace, por lo tanto, cada vez más evidente que el místico poder de la palabra radica en el Silencio mismo, y que en este último hay que buscar el primero, por medio de una conveniente disciplina exterior que prepare aquella realización interior, que hará de nuestras palabras **-igualmente interiores y exteriores-** expresiones verdaderas de la Vida Espiritual que nos anima, de la Realidad que somos y que de tal manera se manifiesta a través y por medio de nosotros.

Aprender a callar toda palabra inútil o vana es, por otro lado, iniciática obediencia al tercer mandamiento: por ser Dios es la Realidad de todo, no hay palabra que no sea Dios mismo, y que pueda hablarse sin referirse a una de sus infinitas manifestaciones. Toda vez que en nuestras palabras no favorecemos estas manifestaciones, tomamos en vano uno de sus nombres, que son todas las palabras de todos los idiomas del universo: de ahí el cuidado sumo que se requiere para la comprensión de nuestra responsabilidad individual en el uso de cada palabra.

REALIZACIÓN INTERIOR



Sin embargo, el punto más importante del silencio es su realización interior, es decir, la manifestación de aquel estado del alma en que aprendemos a callar todo lo que proviene de la voz efímera de los sentidos y de todo reflejo personal en nosotros mismos.

Según una tradición oriental, la Serpiente encierra en sí toda Sabiduría; pero hay que destruir su cabeza para encontrarla en el corazón. Y el Corazón de la Sabiduría, que es su vida animadora, se identifica con el Amor; como no hay, entre los que viven sobre la tierra, animal más sutil y silencioso que la serpiente, es evidente la relación de este símbolo con el Silencio y su realización interior.

La cabeza de la serpiente, la única parte que silba y se halla en condición de dañar, es el aspecto egoísta y maléfico del conocimiento, representando el Poder de la Ilusión. Este poder debe ser individualmente destruido por el Iniciado, penetrándolo y dominándolo con la clara mirada del Discernimiento Filosófico, y arrancando así con la Voluntad la raíz del mal representada por el diente venenoso. Así se llega al Corazón de la Sabiduría, que es la vida interior de la serpiente, y levantándolo **-como el propio corazón de Hiram-** se realiza el milagro filosófico del Amor de la Sabiduría que es la Sabiduría del Amor.

Para destruir la cabeza de la serpiente, o quitarle la raíz del mal que impide la libre y perfecta manifestación del Principio del Bien que se esconde en su corazón, debemos aprender a concentrarnos interiormente en el silencio de los sentidos y de la voz ilusoria de la personalidad, llegando al corazón de nuestro ser, que se identifica con el centro del círculo de la manifestación individual, y que es en nosotros la Esencia de la Vida y nuestro Principio más elevado. Esto se logra descentrándonos del error (que es la Ilusión Periférica, dominada por la Cabeza de la Serpiente que “come” o absorbe su misma cola” y concentrándonos sobre la Verdad, que es la Realidad Central, objeto de nuestros esfuerzos y aspiraciones, el corazón palpitante tanto de nuestra vida individual como de la Vida Universal.



Por lo tanto, la Serpiente, así entendida, se identifica simbólicamente con el Árbol del Bien y del Mal del que nos hablan el segundo y tercer capítulo del Génesis, mientras su corazón es el mismo Árbol de la Vida, del que constituye la periferia. Y la Serpiente enroscada en este Árbol de la Vida -**así como la doble serpiente blanca y negra del caduceo, emblema de los dos principios del Bien y del Mal**- viene a ser lo mismo que expresa el círculo con el punto, sobre el cual ya hemos hablado suficientemente.

LA PRÁCTICA DE LA CONCENTRACIÓN

Con lo que dejamos dicho llegamos a la práctica de la concentración de la mente, como medio para alcanzar el Corazón de la Sabiduría, identificado con el Amor que a ella conduce. Éste, a su vez, constituye una sola cosa con el deseo de liberación, que corresponde iniciáticamente con el Cuarto Punto del Cuaternario de la Realización -**liberación del Círculo Ilusorio de la Personalidad**-, por medio del Centro Individual en el que se manifiesta en cada momento, en potencial plenitud, la Eterna Realidad.

Aprender a concentrarse interiormente es el complemento necesario de la práctica del silencio exterior, siendo éste la introducción y el medio para llegar a aquella condición de la mente en la que calla toda vana palabra interior, o sea, todo pensamiento que no expresa la Realidad.

Esta práctica es el ejercicio al que especialmente deben dedicarse los Maestros Secretos, aislándose de las infinitas exteriores y de sus reflejos, y buscando la Verdad que dentro de ellos mismos se encierra, para alcanzar la Perfección Filosófica, Mística y Mágica del Magisterio. Dicha práctica comprende cuatro aspectos o Fases sucesivas, que corresponden simbólicamente con la Tumba de Hiram, la Visión del Delta, el Arca de la Alianza y la

Traslación del Corazón, representando además las cuatro fases superiores del Yoga.

Como preliminar indispensable para las mismas, hay que disponerse físicamente en condiciones adecuadas, pues siendo el hombre una unidad psicofísica, toda condición estado o postura del cuerpo -el Sepulcro de Hiram- tiende a producir una análoga condición, estado o postura de la mente, y viceversa. La condición deseable es la de una perfecta inmovilidad y relajamiento, alrededor de la línea dorsal, que tiene que estar libre y derecha como una plomada, considerándose como Centro y Fulcro de nuestra Arquitectura Individual.

En esta posición debe uno considerarse como aislado de todo lo que lo rodea exteriormente, perteneciendo al círculo de la manifestación, y fijar su atención siempre más firme y sostenida en lo interior, o sea, sobre el centro de todo lo que considera. Corresponde esta fase con lo que se llama Pratyahara en la práctica del Yoga (véase el precedente “Manual”), o sea, con el ingreso en la Tumba de Hiram, dirigiéndose la atención sobre la urna de oro que contiene el corazón, nuestro Ego Superior, sustentáculo, a su vez, de la Verdadera Realidad.

La segunda fase corresponde simbólicamente con la visión del Delta, y con la que se llama Dhárana en el Yoga: la atención dirigida al interior y sostenida, penetra en lo íntimo de la cosa considerada y llega a percibir su esencia o principio interior, o sea, penetra en su Realidad. De esta manera la Tumba de Hiram se transmuta en el Santuario del Ser, el lugar secreto y sagrado de la comprensión del Altísimo, en el cual penetramos o del cual se nos da la mística Llave.

Viene ahora la tercera fase, llamada Dhyana o “contemplación”, o sea, aquella inspiración interior que nos convierte individualmente en Arca o receptáculo de la Divina Sabiduría, con la que establecemos nuestra alianza en el Santuario del Ser. En esta fase, en vez de esforzarnos activamente, como en las dos precedentes, para penetrar en la Realidad, simplemente nos abrimos interiormente a la Gloria y Gracia Divina, que llena nuestra manifestación interior, y nos alumbra con las siete luces del entendimiento, simbolizadas por las siete luces del candelabro y los siete colores del Arco Iris. No es, pues, sin razón simbólica que Dhyana constituye la séptima entre las ocho fases sucesivas o etapas del Yoga.



En una cuarta y última fase, que corresponde a la octava del Yoga --**Shamadhi o identidad**- el Iniciado levanta el corazón de su Vida Elevada en la suprema realización de la Vida Individual, en la que ésta se identifica y late al unísono con el Centro de la Vida Una, convertido en estrella radiante y luminosa.

Como se ve, el significado y el alcance de los símbolos masónicos llegan mucho más allá de lo que pudiéramos pensar y de lo que no es dado conocer con un estudio somero. Y, en lo

particular, el conjunto simbólico de cada grado es, en sí mismo, un sistema completo, suficiente a conducirnos **-con su perfecto entendimiento y práctica realización-** al Objeto Final de nuestras aspiraciones y a la Suprema Finalidad de la existencia.

Todo debe ser reflexionado, meditado y puesto en práctica individualmente, en el silencio del ser: así se hace realmente tal el Maestro Secreto, con el secreto entendimiento de la Gran Realidad, cuyo resplandor interior, iluminando el Santuario, constituye la inefable mística experiencia a la que se refieren la palabra de paso y el signo de silencio, que indica aquello de que no se puede hablar por estar más allá de toda palabra, pensamiento o expresión verbal.

EJERCICIO

La práctica de la concentración se realiza y perfecciona con el ejercicio. A este propósito será conveniente dedicar cada día a este entretenimiento un período variable entre diez minutos y una hora, aprendiendo a dirigir la atención hacia el centro de nuestro ser individual (o sea, hacia la Realidad) con un discernimiento y alejamiento siempre más perfecto de la ilusión periférica.

Es conveniente que sea todos los días a la misma hora y en el mismo lugar **-aunque sin necesidad de hacer de esto una regla absoluta e irrevocable-** con el objeto de facilitar la cooperación de la parte instintiva o subconsciente de la mente, que tiene por características el hábito y la tendencia a repetir las mismas experiencias en las mismas condiciones cíclicas de tiempo y espacio.

Hay que sentarse en la posición que cada cual considere más cómoda y conveniente, con la condición de que la espina dorsal esté perfectamente libre y derecha, descansando en ella el tronco y cabeza. Para que este último objeto pueda realizarse, los hombros tienen que inclinarse un poco hacia atrás, dejando libre la expansión del pecho para el ritmo de la respiración, sobresaliendo este último más que el vientre.

La respiración ha de ser lenta y profunda, de manera que el ritmo de la misma pueda combinarse **-consciente o automáticamente-** con la meditación. Se llenará primero la parte más baja de los pulmones, curvando ligeramente el vientre hacia fuera con la distensión del diafragma, y expandiendo luego la parte mediana y superior del pecho. Pero todo el movimiento debe hacerse lo más naturalmente posible y sin tensión.

En esta posición prescídase de toda tensión desde lo exterior, concentrando la atención unívocamente hacia adentro, relajando así naturalmente los músculos y nervios de las distintas partes del cuerpo, y los órganos de los sentidos: la atención y la energía deben retirarse de la periferia de nuestro Templo Orgánico, y dirigirse únicamente al centro **-la línea vertical**

constituida por la espina dorsal- realizando así en nosotros mismos un estado análogo a la Tumba de Hiram.

Fíjese muy bien la atención en esta línea interior central de nuestra vida, que es el eje o Fulcro, o sea, el número 1, centro del círculo horizontal de nuestra manifestación orgánica. Manténgase esta idea muy clara en la mente, meditando atentamente sobre su sentido: en esta línea se encuentra el punto central de nuestra conciencia, en el cual se enfoca la Realidad, subiendo y bajando aparentemente entre los dos extremos –la base del cuerpo y el vértice de la cabeza, que son simbólicamente los Infiernos y los Cielos- aunque realmente inmóviles en el centro. O sea, inmovilidad interior y movilidad exterior.

Considérese este punto interior **-polarizado y enfocado exteriormente en una línea-** como centro y realidad de nuestra vida, de todo lo que somos o podemos ser, esencia de todas nuestras cualidades y facultades, fuente primordial de todo lo que puede aparecer exteriormente en derredor de nosotros y tomar forma en el círculo de la existencia.

Puede imaginarse este centro como un corazón ardiente (el Corazón de Hiram o de nuestra Vida Elevada), o como la letra yod (Centro o Principio creador de nuestro ser) y también como un ojo divino o una estrella luminosa y radiante. Pueden tomarse estos símbolos aislada o sucesivamente, y también combinarse, pues lo esencial es fijar, por medio de los mismos, la atención en la realidad única que se encuentra dentro y más allá de ellos.

Puede también repetirse en silencio alguna afirmación del género de la siguiente:

- “SOY UN CENTRO DE VIDA, DE LUZ, DE SABIDURÍA, DE AMOR”.
- “DIOS EN MÍ ES VIDA INFINITA, ETERNA, PERFECTA, INMORTAL, INFINITA LUZ, INFINITA PAZ, INFINITA SABIDURÍA, INFINITO AMOR”.
- “LA DIVINA REALIDAD, QUE ES EL CENTRO INMANENTE DE MI VIDA INDIVIDUAL, ENCUENTRA EN MÍ UN MEDIO, VEHÍCULO Y CANAL SIEMPRE MÁS PERFECTO PARA EXPRESARSE EXTERIORMENTE: ESTA REALIDAD ES EL BIEN QUE APARECE EXTERIORMENTE EN MI VIDA, SEGÚN LO RECONOZCO INTERIORMENTE”.

Sobre todo, hemos de imaginarnos a manera de centros radiantes de Vida, Luz, Sabiduría, Fuerza, Sustancia y Poder, manifestando la Esencia Única desde el centro a la periferia, de cuanto queremos y deseamos. La vida es manifestación o expresión y todo lo que queremos y deseamos podemos adquirirlo según nuestra capacidad de darlo: por lo tanto, hay que buscar interiormente, en el secreto Santuario del Ser, la sustancia primera de lo que queremos se manifieste en torno nuestro.

Para eso se necesita una vez más aprender a concentrarse: descentrar la mirada de la manifestación exterior del dominio de los efectos, hacia su principio interior o dominio de las causas. Ésta es la finalidad del ejercicio que hemos dado, como primera guía, al Maestro Secreto que quiere encontrarse a sí mismo en el camino de la Libertad, realizando iniciáticamente el cuadrinomio indicado por las cuatro partes de la Esfinge.



CONCLUSIÓN

La Esfinge, imagen del Cuaternario, es a la vez el símbolo que mejor resume emblemáticamente la Doctrina Iniciática de este cuarto grado, intermedio entre los tres simbólicos y los tres o 3 veces 3 grados superiores, resumiendo los que preceden y completándolos con el conocimiento integral de la década –naturalmente derivada del cuaternario- que es en sí la introducción necesaria a los que le siguen.



En la década, a los primeros 3 grupos de 3 números **-1-2-3, 4-5-6, 7-8-9-**, objeto del estudio de los tres primeros grados, se une aquél número 10 que expresa la suma de los 4 primeros y resulta a su vez, del 0 **-origen negativo de las demás cifras-**, a cuya derecha se sienta la unidad generadora con el poder de las nueve cifras expresado por la décima letra del alfabeto hebreo que, por ser la más sencilla, se considera como engendradora de las demás.

Por lo tanto, así como el número 10 completa la primera serie numeral e inicia una serie más amplia y valiosa formada por la combinación de dos cifras, así también el grado que acabamos de estudiar completa y sintetiza el primer ternario simbólico con la tétrada fecunda, y al mismo tiempo abre el ciclo novenario de la realización filosófica, mística y mágica del Magisterio, en la que se multiplican las potencialidades latentes de los 3 grados simbólicos.

Geoméricamente el número 10 se encuentra al centro de las nueve caras y vértices de la Piedra Cúbica de Punta, resultado filosófico de la labor de los tres grados simbólicos, constituyendo esta última la arquitectura, ya sea de la Tumba de Hiram, del Santuario y del Ara sobre la cual se deposita el Corazón Luminoso de la Vida Superior.

También el número 10, unión de la línea y del círculo, o sea, del lingam y de la yoni, nos familiariza con los símbolos de la Serpiente y del Árbol de la Vida en medio del jardín o círculo de la manifestación, y encierra en sí el Misterio Bíblico de la caída y redención individual del hombre: la unidad que sale del lado izquierdo del Padre (el 0 de las posibilidades latentes) y, después de su peregrinación en la serie de los primeros nueve números, vuelve a “sentarse a su derecha”, como expresión activa de las mismas potencialidades.

Finalmente, en este número **-igual al de la creación cósmica-** se encierra el poder de la creación individual, manifestando en nuestro propio mundo o microcosmos las potencialidades divinas de la Unidad, que está representada por la vara, el cetro y el bastón: a la vez semilla, planta y árbol central del que florece constantemente la existencia exterior.

La mística alianza entre el Principio de la Vida y su manifestación individual (el 0 y el 1) no podría expresarse mejor que con un decálogo, o con la unión de las dos manos, cuyos dedos o cifras se entrelazan, sumándose

complementariamente y produciendo los pares **1-9, 2-8, 3-7, 4-6, 55**, como los dos querubines tienen que juntarse y combinarse el uno con el otro, para que se realice en cada grado una perfecta armonía.

Así, dos pentagramas o Inteligencias conscientes tienen que fusionarse en la humanidad, representando al hombre y a la mujer; el Cristo o Principio creador indicado por el número 6 tiene que nacer en el Cuaternario, morir sobre la Cruz, exaltarla y dominarla; la Perfección Divina, representada por el número 3, ha de expresarse en la humana (número 7), para su triunfo sobre la tierra: el binario (número 2) debe equilibrarse en la perfecta justicia de la Ley (número 8), que lo hace perfecto en su cubo o tercera potencia; y en cuanto al Poder de la Unidad (vara, cetro o bastón, representado por el número 1), no puede ser realmente dominado y perfectamente expresado sino por el Iniciado o Ermitaño que ha llegado al Magisterio de la Sabiduría y del Amor, representado por el número 9.

De cuánto hemos dicho se induce muy clara la base matemática de toda la simbología y filosofía iniciática; ésta, en cada grado, puede y debe trazarse sobre aquellos Principios Eternos e Inmutables representados por los números y expresados por las figuras geométricas que se relacionan con los primeros. De esta Aritmética y Geometría Filosófica ha de nacer la Música de la Divina Inspiración, como tercer elemento realizador (correspondiente al atreverse) de un Cuaternario cuyos dos primeros términos (la sabiduría aritmética y la voluntad geométrica) acabamos de nombrar. Como cuarto punto viene naturalmente el Silencio Astronómico, o sea, la ley de los astros que realiza la Arquitectura Universal basada en el Amor o Gravitación de todo en su irradiación unitaria.

Llegamos así a una final comprensión de la Tétrada y de su realización decimal, que debe constituir la conclusión natural del estudio de este grado.

La unidad es, pues, el número que se relaciona con el primer término del cuaternario: SABER el conocimiento o verdadera ciencia que se obtiene con el estudio de la Aritmética Iniciática, reduciendo todos los números a su origen unitario, y todos los seres y cosas al único Principio. Este conocimiento unitario es la vara mágica de todo poder real, y al mismo tiempo, la lámpara que ilumina el Santuario de la Vida y el Sendero Iniciático con la Luz resplandeciente del rayo individual (véase el noveno Arcano).

Igualmente la dualidad se relaciona con el segundo término **-Querer-** y con la segunda ciencia del quadrivium: la Geometría. QUERER es, pues, la línea que se traza interiormente entre dos puntos **-nuestro centro individual y el objeto de nuestras aspiraciones-** siendo esta línea una expresión geométrica de la Voluntad, Madre Generadora (o geometría) de todas las cosas.

A su vez, la trinidad muestra la Voluntad traducida en acción y, por lo tanto, se relaciona con el tercer término del cuaternario **-ATREVERSE-** y con la Música que preside a todos los ritmos, y es, además, inspiración creadora que manifiesta la Voluntad Geométrica en el ciclo del tiempo. Por medio de la

actividad el agente se une a la obra, y la Fuerza que ejecuta, a la Sabiduría que concibe los planes, realizándose la Belleza como tercer elemento resultante de la armónica cooperación de los dos primeros.

En cuanto al cuarto término **-CALLAR-** es la resultante de la circunscripción y cuadratura del ciclo de la actividad, que muestra la perfecta relación del centro con la periferia: aquella cuadratura cuya división ternaria origina el Zodíaco que limita periféricamente la zona o poder de irradiación en todo Centro Astral. Este místico centro silencioso **-la zona central de silencio y el fulcro interior inmóvil de la actividad y del movimiento exterior-** es la Llave de Marfil que introduce al Maestro Secreto en el Santuario oculto de la Naturaleza.

